

SEMINARIO: FORMACIÓN CIUDADANA Y EVALUACIÓN (REFLEXIÓN FINAL)

Gilberto Guevara Niebla

En los últimos años, México ha comenzado a exhibir un nuevo rostro, un rostro de barbarie, que no habíamos imaginado. Los hechos que dan constancia de este fenómeno todos los conocen: secuestros, ajusticiamientos, homicidios, proliferación de la violencia, choques entre fuerzas del orden y bandas organizadas, protestas sociales violentas, chantajes rufianescos como los llamados “cobros de piso”, vínculos de la clase política con las organizaciones del narcotráfico, etc., etc. Los más estrujantes han sido, por un lado, la revelación de los niños sicarios” y, por otro, los linchamientos donde masas enfurecidas toman la ley en sus manos y asesinan a personas frecuentemente inocentes que habían sido señaladas, a través de un simple rumor, como delincuentes.

Una ola de indignación se ha levantado, en el país y fuera de él, por los hechos de Ayotzinapa, en los que, agentes del orden secuestraron y, al parecer, quitaron la vida a 43 estudiantes. En todo ha sido palpable la incompetencia de la policía, de los ministerios públicos y del poder judicial en su conjunto. Se ha revelado, asimismo, la omnipresencia de la corrupción.

El nuevo rostro de México es de un país degradado donde repetidamente se ofende a la inteligencia y a la razón, se burlan las leyes y se atropellan, una y otra vez, los derechos fundamentales del hombre. La civilización parece haber colapsado. La inseguridad se ha extendido hasta los últimos rincones del país. Es obvio para todos que la ética social y el respeto por el orden jurídico sufren una crisis inédita. ¿Dónde buscar el origen de este desastre? Se han buscado las causas, correctamente, en la ineficacia escandalosa del poder judicial: las policías se han convertido en un cáncer que socava la confianza en las instituciones de justicia; los ministerios públicos son, muchas veces insuficientes o incompetentes; el desempeño de los jueces se ha puesto en duda, etc. etc. Urge, entonces, una reingeniería institucional.

Pero en el análisis no es posible dejar de lado el papel de la educación. México ha ampliado de forma extraordinaria su matrícula escolar, sin embargo, su impacto en la formación ética y cívica de los ciudadanos ha sido, en mi opinión, muy pobre. La educación pública ha sido predominantemente informativa y memorística, dedicando escasa atención a la formación moral y cívica. El modelo escolar de México es decimonónico y fue concebido como un medio para disciplinar y controlar a la sociedad, no para fomentar la autonomía y la formación de entes libres y críticos. La escuela no ha logrado jamás convertirse en “laboratorio de la democracia” como lo pensó John Dewey. Los planes de estudio han seguido el patrón positivista y enciclopedista que heredamos de Gabino Barreda: son excesivos y abrumadores. La educación moral y la formación para la legalidad nunca han sido elementos conspicuos dentro de la enseñanza. En un momento dado México decidió, acertadamente, por separar la enseñanza religiosa de la escuela y se adoptó el laicismo. En ese momento los educadores mexicanos debieron preguntarse: ¿Cuál es la moral que corresponde al laicismo? pregunta que se formuló el francés Emilio Durkheim desde el siglo XIX. Pero no lo hicieron. La educación siguió siendo discursiva, racionalista y memorística. Es verdad que desde 1999 se incluyó en educación básica la asignatura Formación Cívica y Ética (FCE), pero en la práctica esta asignatura se enseña como cualquier otra materia. Este sigue siendo un campo descuidado por el sistema educativo y donde urge una acción vigorosa.

Se puede decir que todos estos hechos hablan de un déficit o un fracaso en la esfera de la educación ciudadana. Puede ser. Lo que parece indudable es que el país transitó hacia un régimen democrático, pero en la cultura política continuaron dominando los valores, actitudes y prácticas del antiguo sistema político no democrático. Por otro lado, el arribo de la democracia política no fue seguido –como la lógica lo indicaba– de una reforma educativa vigorosa dirigida a apuntalar la formación de ciudadanos para la democracia. La creación de la asignatura FCE merece ser aplaudida, pero los hechos han demostrado sus limitaciones. La FCE se enseña de forma memorística y libresca (aunque faltan más evaluaciones puntuales). La investigación ha puesto en evidencia que en la escuela dominan reglas, valores y prácticas que no favorecen el desarrollo de las virtudes cívicas que necesitamos. En las

exposiciones de Cecilia Fierro y Concepción Chávez se nos ofreció una fotografía de la realidad escolar que no puede desestimarse. El profesor de los primeros grados de primaria dedica buena parte de su tiempo a imponer orden en el salón de clases y, a la postre, el valor que más promueven es **la obediencia**. En realidad, la escuela es un lugar donde a diario los niños aprenden valores y antivalores, pero de manera espontánea, sin que exista una pedagogía moral que oriente y guíe ese aprendizaje. En consecuencia, ocurre en muchos casos que la escuela promueve de manera tácita no los valores de la democracia (como la tolerancia, el respeto, el diálogo, la solidaridad, etc.) sino antivalores (como la desconfianza, la competencia, el egoísmo, las conductas violentas, etc.).

En realidad, la educación ciudadana es un universo en sí mismo. Abarca múltiples aspectos y dimensiones, pensemos, por ejemplo, en el conocimiento de la política, en la participación, en los valores morales, en el pensamiento crítico, etcétera. La intervención, como maestros, en la formación de un ciudadano es, en sí, una tarea compleja y difícil de resolver desde el punto de vista metodológico o pedagógico. Un problema similar, o mayor, es el relacionado con *la evaluación* de la educación ciudadana. Hay numerosos ejercicios de evaluación, claro estos ejercicios son, necesariamente, limitados. Pensemos, por ejemplo, en el ICCS de IEA. ICCS aborda varios dominios como lo explicó Citlali en su exposición: conocimientos, actitudes, creencias, actividades y disposiciones y aporta datos que ilustran sobre la medida en que los jóvenes están preparados para asumir su papel de ciudadanos.

Creo que la mayor laguna se encuentra en la dificultad que los evaluadores tenemos para medir los valores morales de las personas. Existen, es cierto, algunos modelos para su medición (como la técnica basada en dilemas morales de Kohlberg), pero éstos han sido muy cuestionados. Creo que el año próximo podremos concentrarnos en reflexionar sobre dos vertientes: 1) la educación moral que es el primer escalón de la educación ciudadana y, asimismo, 2) analizar y discutir los resultados de ICCS 2016 dos vertientes de reflexión que, esperamos, sean igual de productivas como la que abordamos este año. Muchísimas gracias a todos por su participación, creo que gracias a ella este seminario ha sido un éxito.

Ciudad de México, 10 de noviembre de 2016.